

El taller de escritura de Ramiro Pinilla: un espacio de libertad

Ernesto MARURI*

Ramiro Pinilla (escritor de Getxo nacido en Bilbao en 1923 y destinado a morir donde según él se inició la vida sobre la tierra, en la playa de Arrigúnaga, en Getxo, a cuya orilla llegaron 48 bichitos verdes hace muchísimo tiempo) comenzó su taller hace unos 35 años. El año exacto se ha perdido. Fue a través de una asociación de vecinos que al poco dejó de organizarlo, pero él ha seguido hasta hoy.

Se ha celebrado siempre en Algorta (Getxo). Comenzó en una sala cedida por el Ayuntamiento en el Aula de Cultura. Pero como funcionaban de modo independiente, sin permitir ningún control, enseguida estorbaron. A los pocos años, se marcharon. Desde entonces, no se ha vuelto a contar con ningún apoyo institucional, salvo una subvención a varios de sus escritores: se publicaron 6 ó 7 libros en cuya edición el municipio ayudó hasta un 37%. Los autores los vendían en la calle y los colocaban en librerías.

Ramiro continuó el taller en bares, pasando por la librería Antares, la casa de un escritor, hasta un ángulo iluminado de un almacén semiabandonado (propiedad de la familia de uno de nosotros) en que nos reunimos en la actualidad, junto a las ruinas del Gran Cinema. Está puesto en alquiler, así que cualquier día tendremos que buscar otro sitio. En las noches más frías, una pequeña estufa no basta para que algunos se quiten el abrigo. Con esos fríos, Ramiro mantiene calada la boina, sentado en un sillón orejero verde que se traslada cada vez que el taller cambia de paradero.

Hay narradores, poetas, periodistas, ensayistas... Desde principiantes hasta otros más experimentados

Sin ninguna pauta, llevamos batidos, yogures líquidos, cervezas, galletas, patatas fritas (que nunca faltan), regalices y demás. Nadie trae whisky ni absenta. En un rincón reposa un pequeño aspirador que se usa una o dos veces al año, así que la desgastada moqueta de color innombrable da acomodo a los *restos de un naufragio*. Las palabras escritas que pronunciamos son nuestra tabla de salvación. (Quizá cuando lea esto en el taller, me digan que lo de *restos de un naufragio* es una exageración pedante. Y despotriquen contra el uso del tópico *tabla de salvación*, animándome a buscar otra expresión: se me ocurre *manguitos*. Somos socorristas que rescatan de lo socorrido, y puede que me digan que este juego de palabras sólo responde a mi propio goce ensimismado con las palabras, que no añade nada y que considere la opción de quitarlo o de escribirlo de otra forma. Que en ocasiones un escritor vale

63

* Psicólogo clínico, psicoanalista y escritor. Participante en el Taller de Escritura de Ramiro Pinilla

más por lo que quita que por lo que pone. Que un escritor es un ser que renuncia, un habitante de los despojos. Y me imagino que alguien me diría que en la frase anterior he repetido la misma idea dos veces, lo cual es una pesadez para el lector. Y que me pierdo en abstracciones. Y que no vale que me justifique. Y que, a pesar de todo, no hay normas. Y que los paréntesis son peligrosos porque se desatan del cable de acero que tensa el texto, aunque a veces sí dan en el blanco... Y que los puntos suspensivos pueden producir hartazgo y reflejar la claudicación en el proceso de dejarse encontrar por la palabra precisa. Y que los paréntesis demasiado profusos pueden devenir digresiones inanes. Y que por qué entorpezco al lector con palabras difíciles, reflejo de que me vanaglorio de conocerlas, y qué me impide escribir que *los paréntesis demasiado largos pueden convertirse en digresiones inútiles*. ¿Y para qué repetir tantas veces y... y... y...? Pero que no tomemos las críticas razonadas como normas feroces a las que plegarnos como esclavos, porque eso mataría la creatividad. Que cada escritor parte al encuentro de su propio lenguaje, y el taller nos acompaña en esa búsqueda como un amigo íntimo. Más que enseñar a escribir, más que imponer una escritura determinada, el taller ayuda a descubrir el escritor que en verdad cada uno es, librándolo de lastres y favoreciendo el crecimiento de alas. Y que pruebe a quitar todo este paréntesis: ¿ganaría el texto con su pérdida?)

El taller es gratuito, como siempre. No se anuncia. Quien viene, ha dado crédito a los rumores sobre su existencia. No hay que inscribirse. No hay que asegurar ninguna frecuencia de asistencia ni avisar si uno vendrá o no. Tampoco se pide puntualidad. Sabemos que es todos los lunes de ocho a diez de la noche, salvo los días festivos y agosto. Se lee por orden de llegada; quizá sea la única norma (además del respeto) pues ni siquiera se exige llevar algo escrito. Excepcionalmente, algunas tardes estivales, cuando la mayoría estaba de vacaciones, Ramiro ha llevado a cabo un taller inaudito: sentado solo en su sillón, presenciando la llegada de nadie.

64

Ahora detengámonos por donde podríamos haber empezado: ¿Qué es un *taller*?

El diccionario nos saca de dudas: *Vinagreras para el servicio de la mesa* (del latín *taliare*: *tajar*) Según esto, un taller de escritura enseña el arte de alinear las palabras y, etimológicamente, la destreza en tajar, cortar, sobre todo, por lo insano.

Otros significados: *Lugar en que se trabaja una obra de manos*. *Escuela o seminario donde se enseña*. Del latín *astellarium*: *astillero*, de *astella*: *astilla*. Un taller de escritura es un astillero donde no se construyen y reparan buques sino palabras e historias. Trabajamos en una nube de astillas, que son *fragmentos irregulares que saltan o quedan de una pieza u objeto de madera que se parte o rompe violentamente*. Los escritores tallan la madera del lenguaje. Por extracción, queda a la vista el relato que esperaba oculto.

Seamos modestos. Un taller de escritura no es más que un taller de costura. *Texto*, etimológicamente, significa *tejido*. No somos más que tejedores de palabras. Urdimos un tejido simbólico que anudar a lo imaginario y a lo real. Tejemos y tajamos. Confrontados a una diferencia insuperable entre el diseño configurado en la cabeza y el resultado de nuestra labor de manos.

Escribir procede del latín *scrĭbere*, de la raíz indoeuropea *skreibh*, emparentado con el griego *skarifáomai*: **rayar un contorno**. *Scrĭbere* en origen significaba **grabar** en piedra. Más tarde, en arcilla y en papiro. En inglés se dice *write*, que viene de *writanan*: *romper, rayar*, emparentado con *reinen*: *romper, rasgar*, en alemán moderno.

Escribir es *rayar*: hendir, rajar o abrir un sólido sin dividirlo del todo. Es lo que practicamos los escritores: hacer rendijas, escudriñar las que hemos producido y las que ya existían, y contar tanto lo que hemos visto como lo que hemos imaginado que veíamos o que veremos. Somos exploradores y excavadores de intersticios, de vacíos y huecos, de espacios y distancias. Trabajamos en y con la falta. En fin, no generalizo: estoy hablando de mi deseo.

¿Se puede enseñar a escribir? Toma pregunta tópica que me han planteado al pedirme este artículo. Sí se pueden enseñar técnicas y habilidades, aprenderlas y dotarse de un saber hacer. También se pueden adquirir estrategias para el estímulo de la creatividad. Y afinar una lectura de textos que entrelace la mirada del lector con la del escritor. Así como existe la licenciatura de Bellas Artes, ¿por qué no la de Escritura Creativa?

Lo que no se puede enseñar es el deseo de escribir. En psicoanálisis, distinguimos entre *querer* y *desear*. El *querer* es consciente y tiene que ver con los anhelos y la fuerza de voluntad. El *desear* es inconsciente, el motor. Por eso no basta con querer. Quienes quieren escribir pero no lo desean, es muy probable que consigan muy poco. Quienes desean escribir pero no quieren hacerse cargo de su deseo o se empeñan en mantenerlo insatisfecho o imposible, es muy difícil que lleguen lejos a menos que despejen el camino al deseo. Pero quienes quieren y desean escribir, estos sí, podrán tomar el taller como la palanca de Arquímedes para levantar su propio mundo.

65

En un taller, no se trata de aprender de un supuesto maestro, sino a través de él, incluso a pesar de él. Más allá de él para llegar al más acá de uno mismo. Raymond Carver asistió en 1958, a los 19 años, a las clases de *Escritura Creativa* de John Gardner en una universidad. *Me emocionaba asistir a las clases de un verdadero escritor*. Cuando Gardner explicaba sus teorías sobre los cuentos, Carver no podía seguirlas: *Yo, por más que lo intentaba, no conseguía interesarme mucho o entender realmente*. Quizá porque no se correspondían a su deseo de escritor. Su acto de valentía consistió en ser infiel al modelo que propugnaba el maestro pero leal al escritor que deseaba ser, tomando de Gardner sólo lo que le nutría. *Mi deuda con él es grande. Me hacía una crítica concienzuda, línea por línea, y me explicaba los porqués de que algo tuviera que ser de tal forma y no de otra; y me prestó una ayuda inapreciable en mi desarrollo como escritor. (...) Me enseñó que sí en las palabras y en los sentimientos no había honradez, sí el autor escribía sobre cosas que no le importaban o en las que no creía, tampoco a nadie iban a importarle nunca*. Y Gardner decía: *El mal profesor empuja a sus alumnos a escribir como él. (...) La meta del profesor debe ser ayudar a sus alumnos a encontrar su manera de escribir*.

El nuestro no es un taller formal en que se escriba mediante ejercicios. Cada participante escribe fuera lo que le viene en gana y lo lee en el taller. Ramiro sólo ha recomendado para casa dos ejercicios (y es tradición que nadie los ponga en práctica). Uno, escoger de un escritor un

par de páginas que a uno le entusiasmen y copiarlas a mano. El otro: Leer varias veces una página que nos guste mucho de otro escritor. Impregnarse de lo que cuenta y de cómo lo cuenta, más allá de la memorización racional. Cerrar el libro y escribirlo. Después, comparar y aprender de la diferencia.

Que no haya ejercicios, no deja de ser un riesgo. Félix della Paolera, que desde 1976 dirige un taller de escritura en Argentina, dice: *En el taller se trabaja con consignas que son muy estrictas. En vez de ser limitantes, al revés, son estimulantes. Porque si uno les dice: "Bueno, escriban sobre lo que quieran", nadie escribe, todos se ponen a pensar sobre qué van a escribir y no escriben nada.* En fin, nosotros sí escribimos. Ambos tipos de taller son compatibles. Cada escritor elegirá el que le convenga, incluso puede pasar por las dos modalidades.

Cuando a uno le llega el turno, lee. Los demás escuchan; algunos, como Ramiro, con los ojos cerrados. En esos momentos, la estancia se puebla de imágenes que incluso se podrían fotografiar cuando el texto no está *diciendo* sino *contando*, pero nadie se ha atrevido a probarlo. Después, quienes quieren, lo comentan. Tales comentarios suelen conducir a que el autor revise el texto y lo vuelva a leer otro día. Subrayamos y explicamos tanto los logros como los fallos. A veces debatimos con vehemencia. Ramiro (el único que no lee) suele hablar poco.

Hay asistentes que, quizá por no soportar la herida narcisista que les ha infligido una crítica (por constructiva que sea), desaparecen sin avisar. Otros no regresan porque no es el tipo de taller que buscan. Otros lo dejan porque consideran que ya les ha sido suficiente. Y algunos continúan durante muchos años, como Willy Uribe y Marta Barrón: por temporadas, llevan cerca de 30 años acudiendo. Son los únicos nombres que daré: él por la persistencia y la ferocidad de animal ante la presa, ella por la constancia en pulir su lenguaje y la perseverancia en lo auténtico de su voz poética.

66

El taller barre el camino hacia un estilo propio al servicio del relato y de los personajes, del poema y de las imágenes, no del Ego del autor. Como dice el escritor Gilles Ortlieb: *No porque uno relate lo que le ha sucedido tiene que ser interesante; una vez más, es una cuestión de estilo. El estilo es la expresión visible de todo un trabajo invisible, titubeante, que hace que por defecto se encuentre la expresión adecuada para dar cuenta de todo un camino interior sobre el que no se dice nada.*

Ramiro sugiere a los principiantes que durante unos cuantos años copien el estilo de uno de sus escritores preferidos, descaradamente, sin avergonzarse. Que suelten así la mano hasta que den con ellos mismos y se suelten del modelo. Como los bebés con la mamá hasta que crecen. Porque todo escritor empieza por ser un mamón.

Ramiro ha cumplido 86 años este septiembre. Es un viejo con una salud de firme viga de madera. Acaba de empezar una serie de novela negra con un detective en Getxo: Samuel Esparta (*Sólo un muerto más*). Cuando un día la fuerza se le desbarate, quizá continuemos el taller reunidos en corro, como siempre, pero alrededor de su cama en *Walden*, el caserío que él mismo levantó en el barrio de San Bakardo, cuya hipoteca terminó de pagar con el premio Nadal de 1960 por *Las ciegas hormigas*. No sé qué sucederá con el taller cuando muera. Si muere con él, sería como un ser desvalido que no pudiera sobrevivir al padre. "¡Que no, que

aquí no soy el padre ni el maestro de nadie!", me dijo cuando se lo conté. "Como no soy nada de eso, tenéis todo a favor para continuar el taller sin mí. Pero nada de hacer el taller en mi cama."

Ramiro hace el taller para dar a los escritores lo que él no tuvo: un espacio en que mostrar lo que uno escribe, escuchando el eco que producen las palabras. Eco que sirve no sólo para revisarlas sino también para que el escritor sienta que su escritura no queda encerrada en una cueva al margen del mundo.

También lo hace para que no recibamos lo que a él le dieron cuando, a los quince años, se atrevió a decir que escribía. "Mi hermano y mis amigos se descojonaron de mí. Mis padres callaron. Pensé que todos me tomaban como un ser extraño."

El taller es más que un taller donde abrir la puerta al saber: es un lugar de encuentro amoroso entre escritores, de detección de las palabras sobrantes y de hallazgo de las faltantes. Ahora bien, como no podía ser menos en un grupo, a veces se desparraman exhibicionismos, se disfrazan inhibiciones y se taponan orejas. Y hubo un tiempo en que se desbocaron odios personales.

Nuestra patria es el amor a la palabra y a las historias, por eso no empachamos el oído de nadie con falaces parabienes ni bloqueamos la creatividad con furiosos vapuleos. Nos guía el amor a la verdad y a la precisión de la palabra liberada, en detrimento de las pasiones de la ignorancia y de la falsedad. Podemos ser muy duros entre nosotros, pero con y por amor, incluyendo el amor a los fallos, tan relativos a veces. Ya dijo Beckett: *Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.* Y Borges: *Para escribir un libro realmente grande, hay que hacerlo de manera más bien inconsciente. Podemos esclavizarnos a él y cambiar todos los adjetivos por otros, pero, quizá, escribamos mejor si dejamos los errores.* Pues el éxito, para mí, es el hecho de dejar que la escritura escriba.